

**NEGRO SOBRE BLANCO: LA INFLUENCIA DE LOS SUCESOS DE HAITÍ Y
LA PROPAGANDA ABOLICIONISTA EN LAS REVUELTAS DE ESCLAVOS
DEL CARIBE HISPANO EN 1812**

Antonio Jesús Pinto Tortosa

Instituto de Historia. CSIC

En esta comunicación se estudiarán tres sublevaciones de esclavos que ocurrieron en Puerto Rico, Cuba y Santo Domingo en 1812, influidas por el debate de las Cortes de Cádiz sobre la abolición de la esclavitud y la coronación del negro Henri Christophe en el norte de Haití. Éstas fueron las primeras manifestaciones serias de rebeldía esclava en las Antillas españolas, que marcaron la pauta a seguir por los demás episodios de este tipo que se sucedieron en Cuba y Puerto Rico durante el siglo XIX. Profundizaremos en el estudio de la conspiración de esclavos de Puerto Rico, porque la documentación consultada permite tanto la identificación de los factores que impulsaron a los negros a sublevarse, como el análisis de la reacción blanca tras esta insurrección. La exposición consta de cuatro partes: en la primera, se analizarán los aspectos de la revolución de Saint-Domingue que están directamente relacionados con el objeto de este trabajo; la segunda parte consistirá en un estudio de la esclavitud en el Caribe hispano; la tercera parte constituirá el núcleo de esta investigación, analizándose las insurrecciones negras a las que se ha hecho referencia con anterioridad; en la cuarta y última parte expondremos las conclusiones de nuestra investigación.

La colonia francesa de Saint-Domingue, situada en la zona occidental de la isla de La Española, había liderado el mercado mundial de azúcar hasta finales del siglo XVIII. Esta actividad se había iniciado en la colonia a finales del siglo XVII, tras la ocupación del extremo occidental de la isla por bucaneros franceses que consiguieron el reconocimiento de la soberanía gala sobre este territorio después de la paz de Ryswick, firmada en 1697. Durante el siglo XVIII, la producción azucarera de Saint-Domingue había superado a la de las British West Indies. Esta circunstancia se vio favorecida por unos costes de producción más bajos y porque la colonia se convirtió en el principal mercado donde se abastecían los habitantes de Estados Unidos, libres del monopolio británico tras la independencia de las Trece Colonias (1783). Sin embargo, esta posición económica tenía una importante contrapartida, porque se apoyaba en el empleo masivo

de mano de obra esclava africana. Se calcula que los plantadores de Saint-Domingue, blancos en su mayoría, importaban una media de 30.000 esclavos bozales anuales en vísperas de la revolución francesa¹.

Las condiciones de vida de los esclavos que trabajaban en las plantaciones azucareras de Saint-Domingue habían empeorado a medida que habían crecido las exigencias del mercado, que obligaban a mantener un ritmo de producción alto. Su jornada laboral comenzaba al alba y se prolongaba hasta el anochecer. Sólo paraban a las ocho de la mañana para un pequeño desayuno y a mediodía, reincorporándose al trabajo a las dos. Los esclavos no sólo trabajaban como animales, sino que también vivían como animales, hacinados en cabañas de seis o siete metros de largo por tres de ancho, y unos tres metros y medio de altura, construidas en torno a una plaza y divididas en dos o tres habitaciones. Luis XIV había promulgado el *Code Noir* en 1685 con el objetivo de garantizar a los esclavos que sus amos no abusarían de ellos gratuitamente. Sin embargo, estas disposiciones no se cumplieron y los bozales recibían castigos muy severos por sus faltas, convirtiéndose la tortura en una práctica cotidiana de los plantadores. Por añadidura, los *grands blancs* no favorecían la reproducción autóctona de sus esclavos, sino que los explotaban hasta la muerte y los reemplazaban por otros, considerándolos como un instrumento de trabajo más².

El descontento negro con estas pésimas condiciones de vida contribuía a que creciese el resentimiento contra los blancos, que estalló en forma de insurrecciones aisladas que se frustraron sin amenazar el poderío blanco en la colonia. Ya en 1700 las autoridades coloniales sofocaron una sublevación de trescientos esclavos que tuvo lugar en las proximidades de Le Cap François, la capital de la región del norte de Saint-Domingue. El líder de los rebeldes huyó al Santo Domingo español. Sin embargo, la rebelión que protagonizó el cimarrón François Mackandal fue el mejor ejemplo de estos episodios previos a la insurrección general de 1791. Mackandal había huido de la plantación en la que trabajaba, donde había perdido un brazo como consecuencia de un accidente mientras manipulaba un molino de azúcar. Experto en el uso del veneno, organizó una amplia red de colaboradores, cuyos miembros debían actuar al mismo

¹ Frank Moya Pons, «Haiti and Santo Domingo: 1790-c. 1870», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America. From Independence to c. 1870*, vol. III, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, p. 237.

² C.L.R. James, *Los jacobinos negros. Toussaint de Louverture y la revolución de Haití*, Madrid-México, Turner-Fondo de Cultura Económica para América Latina, 2003, pp. 27-30.

tiempo para envenenar a los blancos cuando él diese la señal. El complot fue descubierto y Mackandal murió quemado en el patíbulo en marzo de 1758. Thomas Ott señaló que las escasas posibilidades de éxito de las rebeliones negras antes del estallido de la revolución francesa obligaron a los esclavos a desarrollar formas más sutiles de resistencia³. El odio a los blancos seguía latente y la toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789 proporcionó el marco necesario para que los esclavos de Saint-Domingue volvieran sublevarse contra ellos, esta vez con éxito.

La revuelta negra estalló en la zona de Bois Caïman, al norte de Saint-Domingue, el 22 de agosto de 1791 (dos años después del comienzo de la revolución francesa). No se conocen los detalles de la preparación del alzamiento, pero sí se sabe que el papel de Boukman fue muy importante. Éste era un sacerdote del culto vudú que usó dicho ritual como medio de comunicación y coordinación de los esclavos que se iban a sumar a la rebelión. De esta forma, Boukman expresaba el profundo odio que sentía por los blancos⁴. Se ha discutido mucho sobre el liderazgo negro en los primeros compases de la revolución. Los autores de los últimos estudios sobre este acontecimiento histórico defienden que Toussaint de Louverture planificó del golpe desde sus inicios. Este personaje no se sumó a los rebeldes hasta varias semanas después de los sucesos de Bois Caïman, una vez estuvo seguro de que el golpe tendría éxito, no sin antes poner a salvo a Bayon de Libertad, dueño de la plantación en la que había servido como esclavo⁵. La trayectoria militar de Toussaint ascendente, quedando marcado por hitos como la victoria sobre las tropas inglesas en 1798 o la ocupación de Santo Domingo en enero de 1801. Pero este ascenso astronómico se interrumpió repentinamente en 1803, cuando el general francés Leclerc consiguió que Toussaint fuera traicionado, apresado y enviado a Francia a bordo del *Créole*. Murió poco después de su captura, confinado en una fría e insalubre celda de Fort de Joux, cerca de la frontera entre Francia y Suiza.

El también ex esclavo Dessalines sustituyó a Toussaint al frente de los rebeldes de Saint-Domingue, dándose pronto a conocer tanto por su talento militar como por los métodos expeditivos que empleó para reducir y eliminar a sus enemigos. Su liderazgo

³ Thomas O. Ott, *The Haitian Revolution 1789-1804*, Knoxville, The University of Tennessee Press, 1973, p. 18.

⁴ *Ibid.*, p. 47.

⁵ Nick Nesbitt, *Universal emancipation: the Haitian Revolution and the radical Enlightenment*, Virginia, New World Studies, University of Virginia Press, 2008, p. 146.

fue decisivo para conseguir la expulsión de los franceses en diciembre de 1803. El 1 de enero de 1804 Dessalines proclamó la independencia de Saint-Domingue, que se convertía en la república de Haití, la primera república negra de la historia, de la que se intituló emperador en 1805 con el nombre de Jacques I. Su despotismo y su falta de escrúpulos le restaron popularidad. Además, encontró una fuerte oposición a su proyecto de disolución de las antiguas lealtades tribales para integrar a toda la población haitiana en un estado-nación. Los mulatos rechazaron su gobierno tanto por el color de su piel como por su política de confiscación de tierras. Sus enemigos, cuyo número había crecido considerablemente, tramaron su asesinato, que tuvo lugar en 1806, siendo su cuerpo arrojado a la calle, donde el populacho lo descuartizó⁶.

Dessalines había sido la mano de hierro necesaria para mantener unidos bajo una única autoridad a mulatos y negros. Tras su asesinato salió a relucir la pugna que había existido entre ambos grupos raciales desde que estalló la revolución en 1791, cuya máxima expresión había sido la rivalidad entre Toussaint y Rigaud por el liderazgo sobre los rebeldes de la colonia. Esta tensión provocó una escisión de la república de Haití en dos en 1807: en el sur, zona de tradicional predominio mulato, se configuró una república presidida por Alexander Pétion; Henri Christophe, que se había hecho con el poder en el norte, convirtió su territorio en una monarquía negra de la que se proclamó rey en 1811 con el nombre de Henri I. Christophe, al igual que Toussaint de Louverture, optó por la conservación del sistema de plantación, que emplearía mano de obra asalariada. No obstante, introdujo algunos cambios en el programa inicial de Toussaint, con el objetivo de incrementar la producción agrícola y el volumen de exportaciones. Obligó a los plantadores, que eran en su mayoría oficiales del ejército, a mantener un nivel de producción constante, debiendo entregar al estado la cuarta parte de los beneficios. Los trabajadores recibirían otra cuarta parte, y los hacendados se quedarían con la mitad restante. Estas medidas permitieron que se alcanzasen los dos objetivos anteriormente citados. La mayoría de la población rural permaneció en las plantaciones bajo la vigilancia del ejército, que se encargaba de combatir la vagancia⁷. La proclamación de la monarquía negra de Christophe tuvo un fuerte impacto en las Antillas españolas, como veremos a continuación.

La ruina del azúcar de Saint-Domingue a raíz de la revolución negra favoreció el

⁶ Frank Moya Pons, *op. cit.*, pp. 248-249.

⁷ *Ibid.*, p. 250.

despegue azucarero de Cuba. Los hacendados criollos cubanos, encabezados por Francisco de Arango y Parreño, consideraron que había llegado el momento de incrementar su propia riqueza y potenciar la economía de la isla. Además, el cultivo del azúcar les serviría para reforzar su posición frente a los peninsulares, cuyos intereses económicos estaban implicados en la producción tabacalera, sobre la que España ejercía el monopolio a través del Real Estanco. Los criollos se debatían entre el deseo de riqueza y el miedo a que la importación de mano de obra esclava, que era imprescindible para el cultivo y procesado del azúcar, convirtiese a la isla en escenario de una revolución negra similar a la que se había vivido en el Guarico. Sin embargo, los intereses económicos se impusieron al temor racial y Cuba se convirtió en poco tiempo en la principal productora de azúcar de caña e importadora de bozales africanos, tomando así el testigo de Saint-Domingue⁸. Asimismo, la producción azucarera de Puerto Rico vivió un importante desarrollo que también coincidió con el hundimiento del azúcar de la colonia francesa. No obstante, ni su volumen de azúcar ni sus cifras de población negra esclava de Puerto Rico eran comparables a las de la «Perla de las Antillas».

El desarrollo azucarero fue tardío en Cuba y Puerto Rico, dando lugar a un anacronismo porque la economía de ambas Antillas dependía fuertemente del empleo de mano de obra esclava, precisamente cuando el abolicionismo comenzaba a ganar adeptos. Al principio, el comercio de esclavos negros africanos había estado en manos de compañías privilegiadas, hasta que los hacendados de Cuba y Puerto Rico se dieron cuenta de que estas colonias tenían que disponer de su propia fuente de aprovisionamiento de brazos si querían satisfacer las exigencias de producción del mercado⁹. Por otra parte, la economía azucarera estaba ligada al maltrato a los esclavos de los ingenios¹⁰. Este maltrato se admite sin problemas en el caso de Cuba; sin embargo, algunos historiadores defienden que los esclavos que trabajaban en los ingenios puertorriqueños gozaban de una situación privilegiada respecto a los demás esclavos del Caribe. Tal es el caso de Luis Miguel Díaz Soler:

El esclavo representaba un instrumento de producción costoso del cual el amo

⁸ Manuel Moreno Friginals, *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*, vol. I, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, pp. 52-62 y 71-78.

⁹ *Ibid.*, p. 261. Aunque el autor se refiere a Cuba, el argumento económico que utiliza se puede aplicar también a Puerto Rico.

¹⁰ Ramiro Guerra, *Manual de historia de Cuba. Desde su descubrimiento hasta 1868*, Madrid, Ediciones R Madrid, 1975, p. 242.

esperaba obtener los mayores beneficios posibles. Existiendo escasez de africanos, necesariamente el amo debía preocuparse por el estado de salud y condiciones físicas del siervo: a mayor capacidad física, mayores beneficios para el amo. Los casos de mal trato fueron más bien excepcionales en Puerto Rico¹¹.

Esta afirmación, que no se ciñe a la realidad, contradice la descripción de la mentalidad de los plantadores que se ha hecho con anterioridad, cuando sosteníamos que el hacendado exprimía al máximo a sus esclavos para que el ritmo de producción fuese mayor, limitándose a sustituirlos por otros cuando morían como consecuencia de sus extremas condiciones de vida y de trabajo. Por ejemplo, en Puerto Rico la situación llegó a ser tan escandalosa que el propio gobierno colonial elaboró informes en los que se quejaba de las condiciones infrahumanas en las que vivían los esclavos¹². El descontento de éstos en ambas colonias aumentó con el paso del tiempo, originando rebeliones aisladas que, si bien no dieron lugar nunca a una sublevación general, provocaron un profundo miedo al negro, puesto que aún estaba reciente el recuerdo de los sucesos de Saint-Domingue. Esta revolución se había convertido en un modelo a imitar para los bozales del Caribe hispano, porque demostraba inequívocamente que una conspiración negra, si estaba bien organizada, tenía muchas posibilidades de salir victoriosa.

En comparación con Cuba y Puerto Rico, la colonia de Santo Domingo era un caso excepcional en el Caribe hispano, porque su economía no descansaba sobre la producción azucarera, sino sobre la ganadería y la agricultura extensiva, aunque había algunos ingenios importantes. Los menos de 15.000 esclavos dominicanos, que eran muy poco numerosos en comparación con las cifras que arrojaban las otras dos Antillas españolas, solían trabajar como mayorales y capataces de hatos¹³. Sin embargo, Santo Domingo vivió directamente las consecuencias de la rebelión de los esclavos de Saint-Domingue, porque compartía frontera con la colonia francesa, llegando a ser ocupada por las tropas de Toussaint desde enero de 1801 hasta enero de 1802.

Prácticamente todas las rebeliones de esclavos que se sucedieron en Cuba y Puerto Rico a lo largo del siglo XIX siguieron un mismo patrón, con algunas variantes. Ahora bien, cada insurrección tuvo unas causas y una dinámica propias, que hacen que

¹¹ Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico (1492-1890)*, Madrid, Revista de Occidente, ediciones de la Universidad de Puerto Rico, Madrid, pp. 145-146.

¹² Andrés Ramos-Matthey, «Las condiciones de vida del esclavo en Puerto Rico: 1840-1873», *Anuario de estudios americanos*, 43, 1986, p. 381.

¹³ Frank Moya Pons, *op. cit.*, pp. 245-246.

sea preciso el estudio de los casos particulares para conocer en profundidad los procesos de rebeldía esclava. Los esclavos querían conquistar su libertad por la fuerza, porque habían perdido la esperanza de conseguirla por vías legales. El asesinato de los blancos, representantes de la tiranía y la opresión, era la condición *sine qua non* para alcanzar este objetivo. Los rebeldes solían elegir una festividad destacada para dar comienzo a la sublevación, porque sabían que los blancos reducirían la vigilancia que ejercían sobre ellos, facilitándoles el camino hacia la insurrección. No obstante, también se podía iniciar la rebelión en algún tipo de celebración negra, porque era muy fácil que los esclavos se reuniesen en gran número con esta excusa, sin suscitar la sospecha de las fuerzas del orden¹⁴. Cuando principiaba la sublevación, los rebeldes asaltaban la casa del rey, especie de arsenal, para dotarse de armas; acto seguido, mataban a los blancos y al ganado, y quemaban las plantaciones. Guillermo Baralt sostiene que el comienzo de las rebeliones con la quema de los cañaverales fue el arma de lucha por excelencia de los esclavos del Caribe, tanto antes como después de la revolución haitiana¹⁵. Esta teoría es interesante porque desmonta la hipótesis de que dicho procedimiento de insurrección fuese una herencia directa de la revolución de Saint-Domingue, aunque ello no obsta para defender que la forma de actuar que hemos citado hubiese cobrado especial popularidad entre los bozales del Caribe a partir de agosto de 1791.

Todas las conspiraciones de esclavos que se sucedieron en el Caribe hispano fueron abortadas a tiempo. Su fracaso se explica porque la fuerte vigilancia obligaba a que los conspiradores actuasen en la clandestinidad, y porque siempre hubo delatores entre los propios esclavos que informaron a las autoridades competentes de los preparativos de una conspiración. Díaz Soler reconoció este hecho, añadiendo un dato importante, indicativo de que la presión de las autoridades coloniales provocó la disolución de los lazos de solidaridad racial, sobre los que se impusieron los intereses políticos y económicos:

Además, los negros libres probablemente se convertirían en aliados del blanco, lo cual significaba que la fuerza contraria a los sublevados podía montar a cerca de cincuenta mil hombres¹⁶.

La delación jugó un papel fundamental en el descubrimiento y desmonte de

¹⁴ Guillermo A. Baralt, *Esclavos rebeldes. Conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico (1795-1873)*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982, pp. 65-66. En concreto, se refiere al baile de la bomba, que tuvo lugar en el verano de 1826.

¹⁵ *Ibid.*, p. 65.

¹⁶ Luis M. Díaz Soler, *op. cit.*, p. 225.

numerosas conspiraciones negras. Los capitanes generales de Cuba y Puerto Rico eran conscientes del valor de las delaciones y las fomentaron, ofreciendo la libertad y una cantidad en metálico a los esclavos que informasen sobre cualquier preparativo de insurrección y facilitasen el nombre de los implicados en el complot. El *Reglamento de Esclavos de Puerto Rico*, que publicó el capitán general Miguel de la Torre en 1826, contenía la promesa de la libertad a los esclavos que denunciasen cualquier conspiración, además de una regalía de 500 pesos que se dividiría entre los delatores en caso de que fuesen varios¹⁷. El tipo de castigo que se impuso a los conspiradores varió según las circunstancias de cada insurrección. La condena a azotes era la pena más frecuente, ordenándose la ejecución de los reos sólo en casos extremos. Los capitanes generales disponían que la ejecución de las sentencias se hiciese en público y en presencia de los esclavos de las distintas dotaciones del partido, para que conociesen la suerte que esperaba a quienes se sublevaban contra los blancos.

Como hemos podido ver, las circunstancias que contribuían al descontento esclavo, así como al creciente deseo de sublevarse contra los blancos para asesinarlos y conquistar la libertad, partían de tiempo atrás. Ahora bien, en el año 1811 confluyeron dos coyunturas que propiciaron el estallido de tres episodios de rebeldía esclava en Puerto Rico, Cuba y Santo Domingo, de forma casi simultánea. En primer lugar, las Cortes de Cádiz, que habían inaugurado sus sesiones en septiembre de 1810, debatieron sobre la abolición de la esclavitud entre 1811 y 1812. La causa abolicionista contó con tres importantes abanderados en este debate: José Guridi y Alcócer y Ramón Power y Giralt representaban a América, ejerciendo como diputados por México y Puerto Rico, respectivamente; a ellos se sumó Agustín Argüelles, uno de los «padres» de la Constitución gaditana, que el 2 de abril de 1811 presentó una proposición en la que defendía la abolición de la tortura y de la trata de esclavos¹⁸.

En segundo lugar, en 1811 se había instaurado en el norte de Haití una monarquía negra encarnada por Henri Christophe. Este reino constituía una auténtica aberración a ojos de los habitantes blancos del mundo occidental civilizado, porque tanto Henri I como sus camaradas de armas imitaron el boato y el estilo de las cortes blancas europeas. Por añadidura, muchos miembros de la élite militar adquirieron títulos de

¹⁷ *Ibid.*, pp. 69-71.

¹⁸ Manuel Moreno Fragnals, *Cuba/España España/Cuba. Historia común*, Barcelona, Crítica, 1995, p. 188.

nobleza. Los extranjeros que visitaban el reino de Henri Christophe analizaban esta situación desde una perspectiva occidental y la consideraban tremendamente exótica. Por ejemplo, la enumeración de los diferentes títulos de nobleza de los miembros de la clase dirigente negra divertía mucho a los ingleses llegados a Le Cap¹⁹. Sin embargo, este asombro divertido de los blancos convivía con el terror, porque en el reino de Haití los antiguos dueños se habían convertido en esclavos, y viceversa. En efecto, el monarca era asistido por una nutrida servidumbre blanca, con lo que su reino se convertía en la encarnación del mundo al revés. No obstante, Christophe también contaba con esclavos negros, que fueron forzados a trabajar en la construcción de La Citadelle, por ejemplo.

La coincidencia de estos dos acontecimientos en el tiempo tuvo el mismo efecto en los esclavos bozales de las Antillas españolas, que el que había tenido en Saint-Domingue el estallido de la revolución francesa; es decir, fueron el detonante de la rebelión negra. Como en Saint-Domingue, en las Antillas españolas se habían registrado episodios previos de rebeldía esclava que no habían prosperado, aunque alertaron a las autoridades, que actuaron en consecuencia para evitar que estas revueltas fuesen a más. En Puerto Rico se había vivido la sublevación negra de Aguadilla en 1795, y en Santo Domingo había tenido lugar la rebelión de los esclavos del ingenio de Boca Nigua en 1796. Así pues, la de 1812 era la segunda sublevación negra que vivían las dos colonias en apenas veinte años. En cambio, la conspiración de Aponte de 1812 fue el primer fenómeno de estas características que se experimentó en Cuba.

La rebelión negra estalló en Puerto Rico el día de reyes de 1812. El recuerdo de la revolución de Saint-Domingue estuvo presente en las proclamas de los líderes de la conspiración, que querían seguir el ejemplo de los negros de la antigua colonia francesa; Antonio de Castro, esclavo de Germán de Castro, gritó:

[...] que si ahora no le concedían la libertad, como quando se la ofrecieron para el sitio de los yngleses, havía de correr más sangre que en la revolución del Guarico²⁰.

Sin embargo, las referencias al modelo que Henri Christophe representaba para los negros rebeldes aparecen siempre de forma indirecta, en boca de los plantadores y las autoridades coloniales, que reproducían las conversaciones que oían a sus esclavos:

Además de que la idea, de que muchos esclavos de la Ysla están amaestrados en la catástrofe del Guarico [...], con la noticia de haberse erigido en Santo Domingo Rey

¹⁹ Frank Moya Pons, *op. cit.*, pp. 249-250.

²⁰ Archivo Histórico Nacional (en adelante, AHN), Ultramar, legajo 1.071, expediente número 1, documento 11.

el negro Cristóval todas son consideraciones que no deven desatenderse ni despreciarse aunque sus consecuencias sean remotas [...] ²¹.

Al mismo tiempo, los hacendados manifestaban el miedo que les inspiraba el ejemplo de Henri I, que había sometido a los blancos del norte de Haití a la condición servil, haciendo realidad la peor pesadilla de los plantadores blancos del Caribe, como se ha dicho anteriormente:

[...] y es un mal de mucha transcendencia en las Antillas haber visto erigirse Rey de Haytí al negro Cristóbal con servidumbre blanca ²².

Aunque la noticia de la coronación de Christophe se conoció con relativa rapidez, la insurrección estalló cuando se hizo correr entre los esclavos de Puerto Rico el falso rumor de que las Cortes de Cádiz habían ordenado su liberación. Los responsables de este malentendido fueron Ramón Power y Giralt, diputado en las Cortes de Cádiz por Puerto Rico, y un individuo llamado Benito, carpintero del bergantín *Cazador* que había fondeado en el puerto de San Juan. Cuando el *Cazador* desembarcó en San Juan, el carpintero Benito dijo que las Cortes de Cádiz habían aprobado la libertad de los esclavos. Por su parte, Ramón Power y Giralt escribió a su madre desde Cádiz para pedirle que fuese la primera persona de la isla en liberar a los esclavos de sus haciendas cuando las Cortes de Cádiz sancionasen la abolición de la esclavitud ²³. Después de leer la carta, doña Josefa Power rompió a llorar. Es probable que la leyese en voz alta, ya que dos esclavos de su hacienda, Jacinto y Fermín, presenciaron la escena desde una ventana y comenzaron a extender la noticia entre sus otros compañeros de infortunio ²⁴. Por ejemplo, Simón y Casimiro, esclavos de Esteban Ayala, afirmaron que el moreno libre Miguel García, vecino de Toa Baja, les había interpelado diciéndoles:

[...] que eran unos tontos, por que estaban trabajando, siendo libres que si querían se fuera con él, que ya en su partido todos los esclavos lo eran ²⁵.

Los esclavos acusaron a las autoridades coloniales de ocultar el bando oficial en el que se daba a conocer su liberación por las Cortes de Cádiz y se dispusieron a conquistar *de facto* una libertad de la que, según creían, gozaban ya *de iure* ²⁶. Los rebeldes tuvieron la colaboración de algunos hacendados blancos, que consideraban que

²¹ *Ibid.*, docs. 1, 4 y 14.

²² *Ibid.*, doc. 14.

²³ *Ibid.*, docs. 1 y 10. El orden de los apellidos de Power y Giralt aparece invertido en la documentación.

²⁴ Guillermo A. Baralt, *op. cit.*, pp. 21-29.

²⁵ AHN, Ultramar, l. 1.071, exp. 1, doc. 8.

²⁶ *Ibid.*

la rebelión traería el justo castigo a la tiranía del gobierno colonial. Juan Giraldet, plantador de Bayamón, fue procesado porque manifestó en público que le satisfaría que la insurrección triunfara, ya que así podría ver unidos a una cadena al teniente de guerra y al sargento mayor de su partido, trabajando en su cafetal²⁷. La falta de pruebas de peso en su contra obligó a su absolución y puesta en libertad. Con esta actitud se evidenciaba la tensión que existió entre el gobierno colonial, ejercido por españoles procedentes de la Península, y los hacendados criollos. Este fenómeno no fue exclusivo de Puerto Rico, sino que también fue propio de la historia de Cuba durante el siglo XIX.

La conspiración fue abortada a tiempo gracias a la delación de la negra Carolina, esclava de madame Morin, que no recibió premio alguno pese a que su testimonio fue crucial para malograr el complot²⁸. Las penas impuestas a los conspiradores no fueron demasiado severas, porque se consideró como atenuante el hecho de que habían sido incitados a la rebelión por una información falsa. Los cabecillas fueron condenados a azotes y seis reos lo fueron a trabajos públicos. Salvador Meléndez Bruna, capitán general de Puerto Rico, ordenó a los dueños de estos esclavos que los vendiesen a las colonias extranjeras inmediatamente después de cumplir su condena, porque constituían una amenaza para el orden público.

Meléndez ordenó que en adelante toda la población de Puerto Rico participase en la vigilancia de los esclavos negros para evitar que se reprodujese un episodio similar. Sus medidas de control quedaron recogidas en las circulares 255, 256 y 257. Las dos primeras se publicaron pocos días después de que se abortase la conspiración; por consiguiente su tono era intransigente y severo, aunque nunca se contemplaron medidas crueles para castigar a los infractores. Ahora bien, la circular 257 se publicó un mes después del descubrimiento de la conspiración, y la vuelta a la calma explica el tono más relajado del capitán general. En esta circular, Meléndez se felicitaba por la eficacia de sus medidas, y al mismo tiempo encomendaba a los plantadores la tarea de controlar a sus esclavos y convencerles de que tenían que conformarse con:

[...] la subordinación a que por su estado, se hallan constituidos; que se desengañen el error de su libertad [...] ²⁹.

La conspiración de Aponte en Cuba estalló poco después de los sucesos de Puerto Rico que acabamos de analizar. Los criollos cubanos tenían el poder económico

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*, doc. 11.

²⁹ *Ibid.*, doc. 5.

en la isla, pero no conseguían que se tradujese en influencia política, ni el rumbo que tomaban los debates de las Cortes de Cádiz les hacía albergar esperanzas sobre el sitio que ocuparían en el nuevo régimen. El gobierno estadounidense, que tenía intereses estratégicos en la isla, quiso sacar partido de este descontento criollo y prometió a través de su agente Shaler que apoyaría a los cubanos si iniciaban la lucha por su independencia, aunque el verdadero objetivo de Estados Unidos era la anexión de Cuba. Sin embargo, los criollos no se atrevían a dar el paso decisivo, porque por una parte desconfiaban de la capacidad de la población cubana para autogobernarse, y por otra parte temían que los esclavos de las plantaciones aprovecharan el contexto de la lucha por la independencia para lanzarse a la conquista de su propia libertad.

Los mulatos y los negros libres y esclavos eran muy numerosos en Cuba, superando la cifra de población blanca. Así pues, representaban un peligro potencial, porque si organizaban una conspiración contra los blancos y las circunstancias les eran propicias, podían convertir a Cuba en un segundo Saint-Domingue. En 1811, coincidiendo con el debate de las Cortes de Cádiz sobre la abolición de la esclavitud, algunos cubanos hicieron creer a los esclavos bozales que su liberación no tardaría en producirse. Los ánimos de la población de color se exaltaron hasta tal punto que el marqués de Someruelos, capitán general de la isla, informó a los diputados reunidos en Cádiz de la crítica situación por la que atravesaba la colonia; como consecuencia de ello, las Cortes desaprobaron la abolición de la esclavitud. Este hecho decidió a los esclavos a organizar una conspiración para conquistar su libertad por la fuerza, puesto que se había esfumado una ocasión inmejorable de alcanzarla por la vía de la legalidad. La situación era muy parecida a la que había rodeado a la sublevación de esclavos de Puerto Rico de ese mismo año.

La conspiración estuvo dirigida por el negro libre José Antonio Aponte, que se asoció con otros hombres de su raza. Muchos historiadores sostienen que Aponte contó con el apoyo de algunos haitianos y que incluso el gobierno de Christophe le habría ofrecido su respaldo. Sybille Fischer defiende que, una vez Aponte fue apresado y se registró su casa, se encontraron documentos que lo relacionaban directamente con Haití. Sin embargo, el marqués de Someruelos, capitán general de Cuba, silenció la posible conexión entre Aponte y Haití para llamar la atención sobre la influencia perniciosa ejercida por la propaganda abolicionista. De esta forma, las autoridades coloniales y los

hacendados conseguirían frenar el avance del abolicionismo y conservarían la esclavitud en Cuba³⁰. El plan de los conspiradores de extender el movimiento a toda la isla fracasó porque el complot fue descubierto y Aponte fue condenado a muerte y ejecutado. El castigo a los implicados en la insurrección fue mucho más duro que el que se había impuesto a los rebeldes de Puerto Rico en enero de 1812. El miedo al negro se apoderó de la población blanca de Cuba hasta el extremo de que los criollos, que habían albergado esperanzas de independencia o de anexión a Estados Unidos, sacrificaron sus ambiciones políticas a cambio de la garantía de que sus esclavos serían vigilados de cerca³¹.

La revolución de Saint-Domingue y la independencia de Haití provocaron dos reacciones contradictorias en Santo Domingo: por una parte, la mayoría de la población recelaba de los vecinos haitianos, a quienes consideraban una constante amenaza para la seguridad de su territorio; por otra, los habitantes de la frontera necesitaban garantizar los intercambios de ganado con Haití, porque así evitarían que la economía de Santo Domingo se viese perjudicada por las tensas relaciones existentes entre ambos territorios. En 1812, coincidiendo con la coronación de Henri Christophe, estalló en el lado dominicano de la frontera una conspiración de esclavos bozales cuyos protagonistas reivindicaban la anexión al reino del norte de Haití, que constituía la máxima expresión de la gloria negra. La conspiración fue sofocada a tiempo y no tuvo mayores consecuencias, pero la opción anexionista se consolidó en Santo Domingo hasta tal punto que, en la segunda mitad del siglo XIX, existió en la República Dominicana un «partido haitiano».

A modo de conclusión, vamos a analizar la reacción de las mentalidades de blancos y negros ante las circunstancias que se vivieron en el Caribe hispano en 1811 y 1812. Asimismo, estudiaremos los contactos que se produjeron entre ambos sistemas de creencias. Debemos destacar tres aspectos:

En primer lugar, desde la perspectiva de la mentalidad negra, los tres episodios de insurgencia esclava que hemos estudiado deben considerarse no como tres insurrecciones independientes, sino como manifestaciones de una misma oleada revolucionaria que sacudió el Caribe hispano en 1812. Pese a que estas rebeliones

³⁰ Sybille Fischer, *Modernity Disavowed. Haiti and the Cultures of Slavery in the Age of Revolution*, Duke University Press, Durham & London, 2004, p. 42.

³¹ Ramiro Guerra, *op. cit.*, pp. 239-246.

presentaron características peculiares, compartían una influencia común: la coronación de Henri Christophe en el norte de Haití, que fue clave para decidir a los esclavos de las Antillas españolas a iniciar la sublevación, siendo el único elemento que estuvo presente en cada uno de los procesos analizados. Por el contrario, la influencia de la propaganda abolicionista fue desigual en cada uno de los casos estudiados. Su influjo en los episodios de rebeldía esclava de Puerto Rico y Cuba fue innegable, quedando reconocido en los documentos de la época; sin embargo, este elemento apenas incidió en la insurrección negra que se preparaba en el Santo Domingo español, donde la instauración de la monarquía de Henri I en el territorio vecino de Haití fue el único y decisivo detonante.

Ahora bien, es preciso que tengamos en cuenta que en la mentalidad revolucionaria de los negros coincidían el progreso y la reacción, pues aunque luchaban por su libertad y el reconocimiento de sus derechos, al mismo tiempo reivindicaban sus tradiciones culturales y sus antiguos lazos tribales. Michelle Vovelle definió este deseo de conservación de las tradiciones, representativas de la estabilidad del grupo que se las apropia, como «prisiones de *longue durée*»³². No obstante, Eric J. Hobsbawm se había referido previamente al carácter reaccionario del «bandido social», tipo humano que actuaba en el medio rural como portavoz del descontento campesino contra los abusos excesivos de los señores y de las autoridades. Este personaje, que no pretendía la revolución sino el final de los abusos, recurriendo a la violencia y la destrucción sólo cuando consideraba que los excesos de las clases altas habían llegado demasiado lejos, se identificaba, salvando algunas distancias, con los primeros líderes de la revolución de Saint-Domingue³³. Hannah Arendt también advirtió de las connotaciones conservadoras que tenía originalmente el concepto de revolución, que durante los siglos XVII y XVIII, hasta el estallido de la revolución francesa, se consideraba sinónimo de «restauración»³⁴. Nick Nesbitt sostiene en su libro *Universal Emancipation* que la emancipación universal, que fue el principal logro de la revolución negra en la colonia francesa, no estuvo presente en las proclamas de sus primeros líderes:

Rather, the idea of general emancipation gradually came to predominate the revolutionary events in their many twists and turns over thirteen long years.

³² Michelle Vovelle, *Ideologías y mentalidades*, Barcelona, Ariel, 1985, p. 205.

³³ Eric J. Hobsbawm, *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, New York-London, W.W. Norton & Company, 1965, pp. 13-29.

³⁴ Hannah Arendt, *On Revolution*, London, Penguin Books, 2006, p. 33.

[...]

The original goal of the August 1791 revolt was to force an end to the practice of whipping and to win three free days per week from the *grands blancs*³⁵.

En segundo lugar, desde la óptica de la mentalidad blanca el recuerdo de la revolución de Saint-Domingue, la coronación de Henri Christophe y la propaganda abolicionista atemorizaron a los blancos de las Antillas españolas, en la misma medida en que dieron alas a los esclavos para luchar por su libertad. El miedo blanco a los bozales y en general a toda la población de color, dio lugar a lo que Arturo Morales Carrión identificó como «el síndrome haitiano en el Caribe»³⁶. Las consecuencias de esta actitud variaron según la época, desde la vigilancia estricta y las duras medidas represivas que recogió el general Prim, capitán general de Puerto Rico, en su Código Negro de 1848, hasta el apoyo de Jerónimo Valdés, capitán general de Cuba durante la regencia de Espartero, a la emancipación gradual de los esclavos.

En tercer y último lugar, en esta comunicación hemos analizado el papel de los «intermediadores culturales», que actuaron como transmisores de información en sentido descendente. Los blancos fueron los primeros en desempeñar esta función en el episodio que estudiamos. Los esclavos conocieron los sucesos de Haití y la evolución de los debates de las Cortes de Cádiz gracias a ellos. Sin embargo, esta transmisión de información se hizo de forma inconsciente, casi siempre a través de conversaciones entre blancos que los esclavos oían. Josefa Power constituye un buen ejemplo de intermediadora cultural inconsciente, que al desempeñar este papel perjudicó seriamente sus intereses esclavistas. Una vez conocieron las noticias de boca de los blancos, los negros rebeldes tomaron el testigo para extender la insurrección de plantación en plantación y de ciudad en ciudad, ahora de forma consciente.

³⁵ Nick Nesbitt, *op. cit.*, pp. 141-142.

³⁶ Arturo Morales Carrión, «La revolución haitiana y el movimiento antiesclavista en Puerto Rico», *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Historia*, vol. VIII, San Juan, julio de 1983, p. 139.